

Un deporte milenario

Cuerpo + mente: el sumo suma

Cuanto más gordo, mejor. Pero esta disciplina de leyenda no remite únicamente a una voluminosa silueta: aunque los luchadores se entrenan con todo el rigor, el combo incluye el aprendizaje de historia, medicina deportiva, caligrafía y poesía antigua. En Japón, el sumo condensa pasiones, destrezas y espiritualidad. En la Argentina se practica en forma amateur.

ANA LAURA CARUSO

"Lo más complicado del sumo es entender que es un deporte mental", asegura el ex luchador hawaiano Chad George Rowan, más conocido como Akebono Taro. Al contrario de la imagen que suele tenerse de esta práctica milenaria, con dos hombres robustos que se sacuden semidesnudos en el ring, en sumo la mente es más poderosa que los músculos.

Las reglas del deporte son de lo más simples: dos luchadores (conocidos como rikishi o sumotoris) se enfrentan en un área circular (dohyo) y gana el que logra que su oponente salga fuera del ring o toque el suelo de éste con cualquier parte de su cuerpo excepto la planta del pie. Cada enfrentamiento suele durar unos pocos segundos y se permite cualquier táctica excepto golpear en la cara al contrincante o pegarle con el puño cerrado en cualquier parte del cuerpo. Tampoco está permitido entrelazar los dedos con los del rival, tirar del pelo o agarrar la parte vertical del cinturón (mawashi) que recubre el área genital. El luchador que pierde su mawashi queda automáticamente eliminado.

La Asociación Japonesa de Sumo (AJS) organiza seis torneos por año y cada uno dura quince días. Por este motivo, muchos sumotoris afirman que el principal obstáculo del deporte es uno mismo. "El hecho de soportar la presión de un torneo durante tantos días supone un desafío gigante", dice el japonés Takanohana Koji, ex luchador de sumo que ganó 22 torneos entre 1992 y 2001.

El sumo es uno de los deportes más antiguos de la Tierra, con más de 1.500 años de historia. Una leyenda antigua indica que el emperador



•• **ES UNA LUCHA**
Los sumotoris se enfrentan en un área circular. Por lo general, cada lucha dura apenas unos minutos. Los torneos en Japón se extienden por dos semanas.

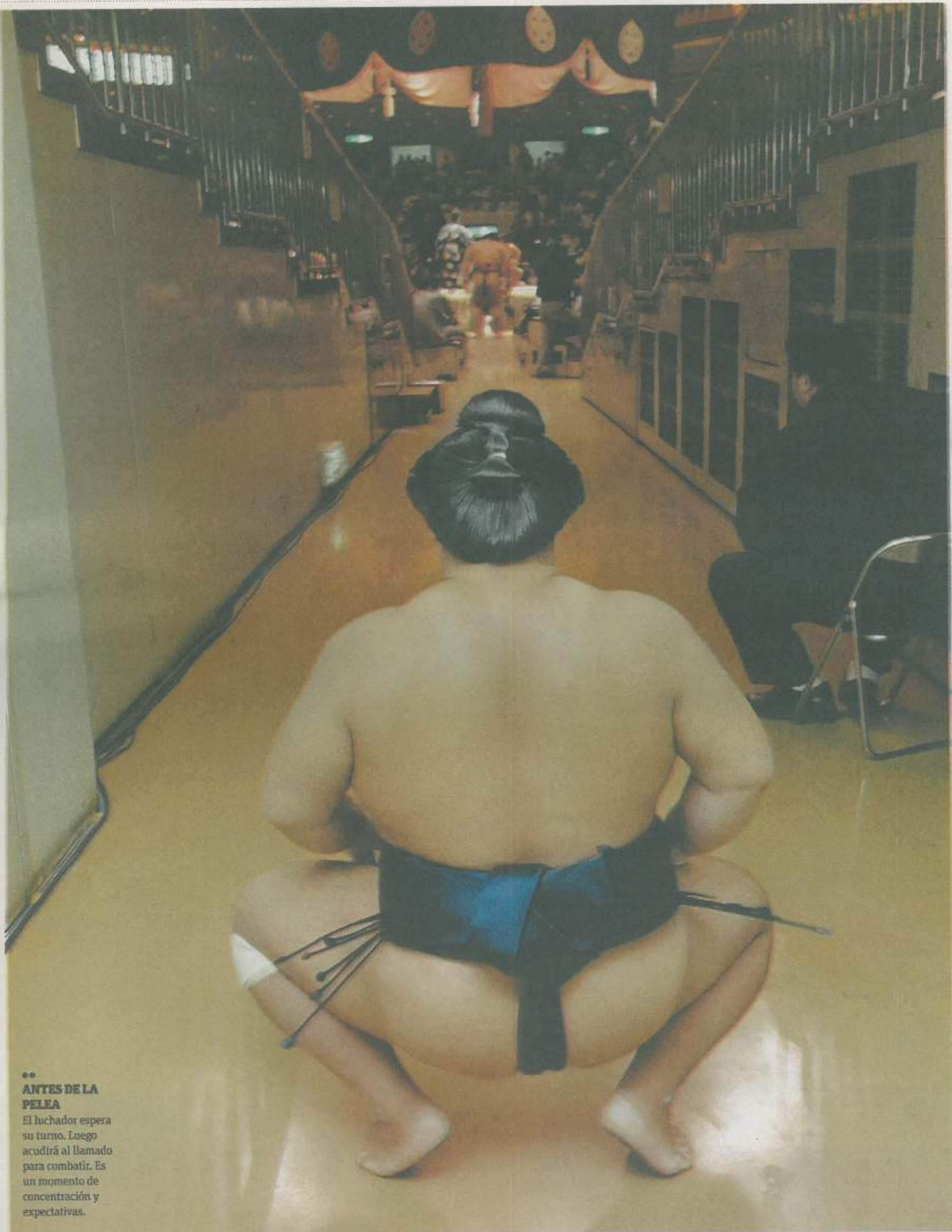
Seiwa (que reinó en el Japón entre los años 858 y 876) ganó su lugar en el trono gracias a una lucha de sumo. Los primeros combates se celebraban en los templos como un ritual que entremezclaba danzas y oraciones para una cosecha abundante. En el siglo XII se extendió también al campo militar, como una forma de mejorar las habilidades de los guerreros. La estructura moderna del sumo empe-

zó a tomar forma en 1658 y sus componentes básicos no cambiaron desde entonces.

Más allá de la parte física, el deporte nacional del Japón todavía conserva su costado espiritual. Empezó como un ritual dentro de la religión sintoísta y por eso el dohyo es un lugar sagrado. En los torneos, sobre él se erige una estructura similar a la del techo de un templo. Cada combate está

precedido por un ritual que incluye, entre otras cosas, que los luchadores arrojen un puñado de sal antes de ingresar al ring para ahuyentar los malos espíritus.

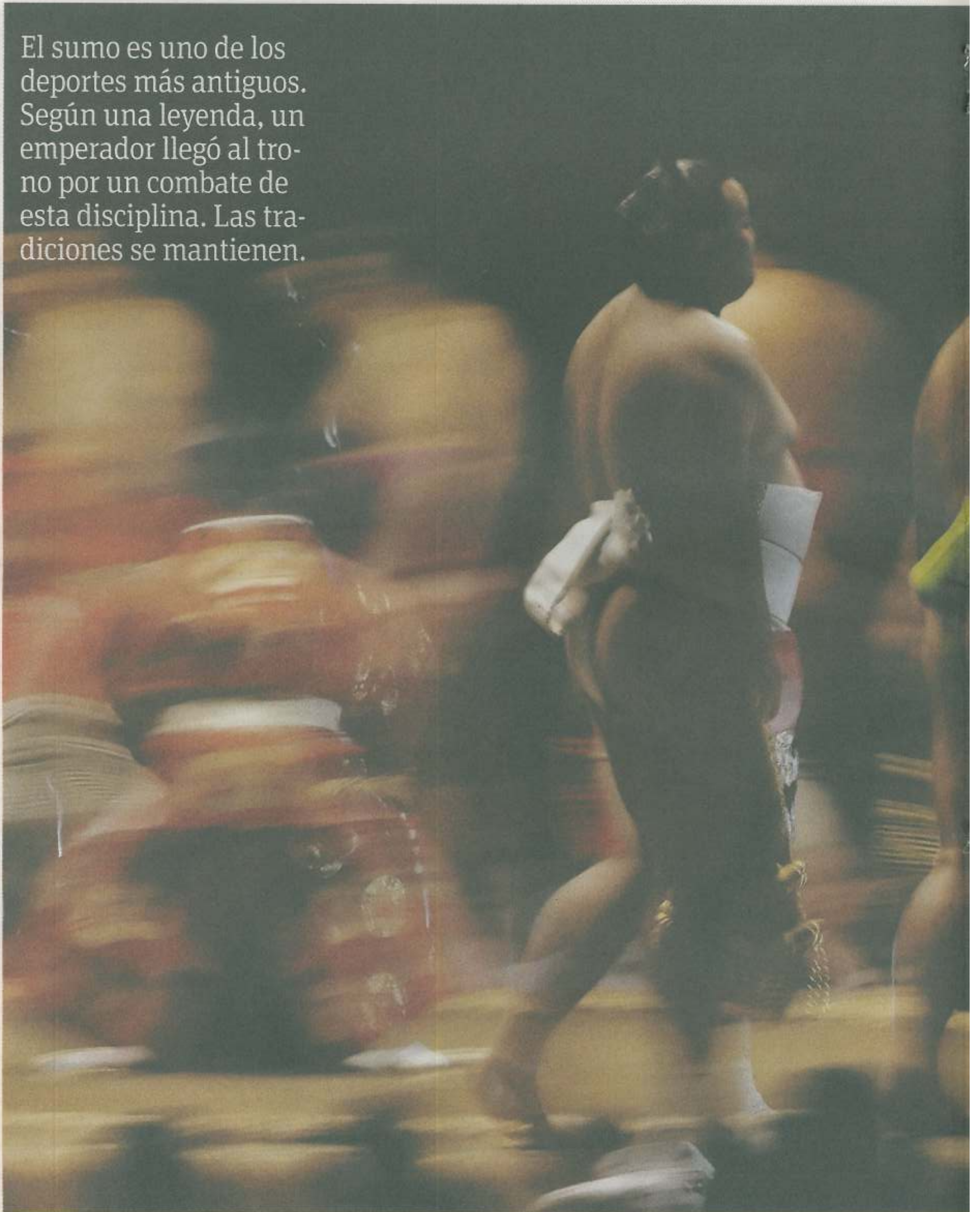
A medida que los sumotoris avanzan de categoría, sus obligaciones espirituales son cada vez mayores. Los campeones nacionales se convierten en misioneros de la fe sintoísta. Es por esta razón que los japoneses siempre



••
**ANTES DE LA
PELEA**

El luchador espera su turno. Luego acudirá al llamado para combatir. Es un momento de concentración y expectativas.

El sumo es uno de los deportes más antiguos. Según una leyenda, un emperador llegó al trono por un combate de esta disciplina. Las tradiciones se mantienen.





desconfiaron de los extranjeros que querían competir de manera profesional y tardaron tanto en aceptar luchadores de otras nacionalidades.

El sumo profesional se internacionalizó en los años 60, cuando el luchador hawaiano Jesse Kuhaulua (conocido como Takamiyama) se transformó en el primer extranjero en ingresar en las grandes ligas. La AJS, sin embargo, le pidió que se convirtiera en ciudadano japonés antes de ser admitido.

En los años posteriores, muchos estadounidenses comenzaron a participar a nivel profesional en Japón. Para la década de los 90, ya varios se habían convertido en campeones de los rangos más altos. Uno de ellos fue Salevaa Atisanoe, apodado Konishiki, quien fue además el luchador más gordo de la historia del sumo (llegó a pesar 285 kilos). Konishiki alcanzó el rango ozeki, una categoría debajo del rango mayor (yokozuna), pero los miembros de la AJS nunca quisieron ascenderlo. El sumotori dio a conocer su situación en Estados Unidos a través de los medios: "Si fuera japonés, sería el número uno", dijo. Sus declaraciones le valieron un alto en su carrera. Finalmente, en 1993, el hawaiano Chad Rowan (Akebono Taro) se convirtió en el primer extranjero en alcanzar el rango yokozuna.

"En la Argentina, el sumo llegó de la mano de los japoneses que emigraron al país, por eso las tradiciones siguen siendo fuertes", dice Sebastián Machain, vocal de la Asociación de Sumo de la República Argentina (ASA). La ASA organiza dos torneos metropolitanos anuales y un torneo selectivo para definir quiénes compiten en el torneo sudamericano pero el deporte se practica sólo de forma amateur en el país. Machain tiene 39 años y se inició en el sumo hace apenas dos. "Hay varias diferencias entre el sumo que se practica en Japón y el de la Argentina", cuenta. "La cultura nipona es fuertemente machista y por eso no se permiten luchadoras profesionales de sexo femenino mientras que acá, donde es amateur, sí".

El sumo refleja los valores de la sociedad japonesa, por eso es tan importante el respeto por las reglas y las autoridades. Según recalca Machain, la disciplina es la base de la conducta de los sumotoris, a quienes se les exige un comportamiento ejemplar tanto dentro como fuera del dohyo. "Durante una lucha, los rikishi deben mostrarse completamente estoicos. No festejan sus victorias ni se lamentan por las derrotas", comenta.

Además, el deporte mueve una gran cantidad de dinero al año, con importantes sponsors y premios. Las entradas de los torneos suelen agotarse el primer día que salen a la venta y las luchas son televisadas en vivo en todo el país. Quizá por esta razón el sumo no está exento de escándalos. En marzo de 2011, la AJS canceló el torneo de verano después de que la Policía interceptara mensajes de trece participantes de los rangos más

altos que pautaban el resultado de las competencias. Al poco tiempo, dos participantes (Chiyohakuho y Enatsukasa) admitieron haber arreglado combates y ofrecieron su retirada. Se trató de uno de los casos de corrupción más graves de la historia moderna de esta disciplina. Además, fue la primera cancelación del torneo en 65 años desde que en 1946 se suspendió el torneo debido a los gravísimos daños en Japón causados durante la Segunda Guerra Mundial.

Los hechos de corrupción se sumaron a un escándalo que se había desatado en 2010 cuando el campeón mongol Assashoryu se vio obligado a retirarse después de pegarle a un hombre a la salida de una discoteca en Tokio. Los dos hechos desataron una controversia enorme, ya que los luchadores son considerados verdaderos guardianes de la tradición.

Entrenamiento y poesía

En Japón, los sumotori viven todos juntos en establos. Tan sólo en las cercanías de Tokio hay más de 50 establos y el ingreso no es fácil: el aspirante debe ser una persona sana, menor de 23 años, con 1,73 m de altura y 75 kilos de peso. También se le pide que tenga buena educación. Una vez aceptado, comienza su entrenamiento físico y aprende asimismo algo de historia, medicina deportiva, caligrafía y poesía antigua.

La edad promedio de ingreso al establo es a los 15 años mientras que la edad en la que un luchador se retira es a los 30. Todos cobran un sueldo que depende del rango. Los de menor rango tienen que servir a los superior-

es: los ayudan a peinarse, a bañarse y además lavan los platos, los baños y limpian el piso.

Los sumotori se levantan muy temprano, a las cinco de la mañana, y comienzan su rutina en ayunas. Salen a correr todos los días aunque esté nevando y entrenan hasta la hora del almuerzo. Al no haber límite de peso, tratan de engordar lo máximo posible. El peso promedio de un luchador es de 160 kilos aunque hay excepciones, como el checo Takanoyama Shuntaro, quien pesa sólo 98 kilos.

La alimentación de un sumotori se basa principalmente en la ingesta de chanko-nabe, que es un guiso de carne, cerdo o pollo con tofu y verduras. Además, comen grandes cantidades de arroz y duermen una siesta de cuatro horas después de la comida para procesarla en forma de grasa. Como contrapartida, la esperanza de vida de un sumotori no suele superar los 65 años: son propensos a los infartos o a desarrollar diabetes o hipertensión.

“En general, la persona que se dedica al sumo profesional entrega su vida por completo”, afirma Machain. “No pueden permitirse tener una familia y llevar una vida normal”, comenta. Lo mejor del deporte, en su opinión, es que temple el carácter: “El entrenamiento es muy intenso y se aprende a soportar el dolor.” Y agrega: “El sumo no solamente proporciona resistencia física sino espiritual”. Así, con sus ritos y jerarquías, su entrenamiento riguroso y su dieta para engordar, este deporte tan antiguo logra juntar en un dohyo de apenas 4,5 metros de diámetro lo mejor —y lo peor— de la sociedad nipona. ■



ROBB KENDRICK/NG



ROBB KENDRICK/NG



ROBB KENDRICK/NG

●● INSTANTÁNEAS

En un establo —así se llama el lugar donde viven los luchadores—, los sumotori se alimentan siguiendo una dieta específica (arriba). La meditación de un aprendiz (centro). Una clase de sumo en Tokio, a la vista de otros luchadores (izq.).